

LA CUEVA DEL LAGARTO



LAURA KACHOROSKI
LUCAS YUGE

**LA CUEVA
DEL
LAGARTO**

**LAURA KACHORROSKI
LUCAS YUGE**

LA CUEVA DEL LAGARTO

Copyright © 2013 - Laura Kachorroski - Lucas Yuge
laurakach@hotmail.com

M. Laffitte Ediciones 
marcelolaffitte@gmail.com

Todos los derechos reservados conforme a la ley.
Prohibida la reproducción de esta obra,
salvo en segmentos pequeños,
sin la debida autorización del autor o la editorial.

ISBN 978-987-1874-24-8

Registro de Propiedad Intelectual de Safe Creative
d52f9620f2b46e0b12800fdc92aa0bd2

Diseño & Diagramación
Estudio Qaio. DG. Pablo Gallo
info@estudioqaio.com.ar

Impreso en Argentina.
Printed in Argentina.
Esta edición se terminó de imprimir en Ghione Impresiones.

LA CUEVA DEL LAGARTO

Dedicado a nuestras familias

INTRODUCCIÓN

A manera de saludo a los autores por la publicación

Al leer *Tierras de esperanzas*, la primera novela de Laura Andrea Kachorroski, quedé convencido de estar leyendo a una escritora con futuro promisorio. Su relato, a pesar de estar referido a sus ancestros, se transforma en una narración de interés general y tiene todo lo que un lector puede y quiere encontrar en un libro.

Por ello pensé que pronto nos sorprendería esta señora que dice ser “sólo ama de casa”, pero no creí que lo haría a menos de un año de publicar su ópera prima.

La *Cueva del Lagarto*, en la que comparte autoría con Lucas Yuge, presenta un argumento que está muy bien desarrollado, con diálogos bien hilvanados en idioma coloquial y capítulo a capítulo conduce a un desenlace feliz en tanto en cada uno se han desarrollado aventuras y situaciones muy interesantes.

El uso de vocablos guaraníes hizo necesario un glosario explicativo y también se añade una bibliografía por haberse consultado libros de conocidos historiadores de la provincia de Misiones.

Sintetizando, *La Cueva del Lagarto* está concebida como una nueva leyenda surgida desde el “*Teyú cuaré*”, lugar de por sí legendario, cercano a San Ignacio.

Desde el principio de la novela al último capítulo, la pluma de Kachorroski ha recorrido un largo camino; desde una casa casi galería de arte en La Plata, pasando por las calles de Posadas y su plaza Nueve de Julio, hasta la selva que aún rodea a ese sitio misionero y los sinuosos

LA CUEVA DEL LAGARTO

y rojos caminos que bajan a las riberas del Paraná. Una novela como para integrar con toda justicia el acervo literario de la tierra colorada.

Esteban Abad
Periodista y escritor

PRÓLOGO

Buenos Aires, Junio de 2002

En medio del sótano del Museo de Arte de la Ciudad de La Plata, Clara Wellington, quien llevaba diez años a cargo de la institución, decidió desempolvar aquel retrato archivado. Necesitaba algunas pinturas nuevas para la exposición anual que se llevaría a cabo dentro de unas semanas.

En el ambiente, era considerada una de las personas más calificadas a nivel nacional y contaba con el reconocimiento de muchos pares, quienes dirigían los museos más prestigiosos de Europa.

Se había graduado en la Facultad de Artes de la Universidad de Oxford donde residió hasta casarse con Edmundo Lambert.

Desde su nombramiento como directora, el Museo adquirió renombre internacional, de modo que los artistas extranjeros interesados en exponer sus trabajos, recurrían a ella.

Ahora en el marco de la exposición anual, no tenía nada nuevo que ofrecer a los amantes de las bellas artes, a excepción de aquella pintura que databa del siglo XVII. Una pintura con trazos sencillos, posiblemente realizada por algún novato. En años anteriores se jactó de exponer obras de Miró, Van Gogh, Salvador Dalí y otros ilustres, pero la situación política y económica en Argentina no era la mejor por estos días y los contactos europeos negaron su participación acostumbrada.

Decidida a presentarla como la vedette de la muestra, comenzó su trabajo de desembalaje. Llevaba archivada en el sótano dos años luego de ser donada por un coleccionista europeo, muy excéntrico, que solía

frecuentar las galerías de arte de todo el mundo y a quien Clara conoció algunos años atrás en una exposición en el Museo de Louvre, París.

A partir de allí, comprometió su asistencia a las muestras que ella realizaba anualmente. En aquella oportunidad en la que le entregó el retrato le dijo:

— *Aquí usted, mi querida Clara, le dará valía, después de todo, para mí no significa nada, en cambio para la cultura argentina sí, ya que se trata de uno de los Jesuitas que vinieron a evangelizar estas tierras.*

— *Pero usted pagó por ella, Mister Beaumont, en todo caso la aceptaría en préstamo.*

— *De ninguna manera mi querida. Con mi dinero puedo hacer lo que quiera. Es más, no pagué mucho por ella, la adquirí en una subasta que organizó uno de los acreedores de una antigua familia italiana. Prácticamente carece de valor, y si lo tiene, es solo histórico, ya que según lo que me contó el director del Museo de Italia, a quien consulté, fue realizado por un nativo de las reducciones.*

— *En ese caso, aceptaré su donación Mister Beaumont. Pero déjeme decirle que a partir de ahora, usted será mi invitado de honor.*

Así, Clara recibió la pintura, pero jamás la expuso. Ahora debía buscar la forma de hacer que sus visitantes encuentren en ella algún interés. Sus exhibiciones se caracterizaron siempre por el alto nivel, pero este año estaba en dificultades. Su prestigio o mejor dicho el del museo, estaba en consideración.

Con sumo cuidado, quitó los papeles que envolvían la antigua pintura, se trataba de una reliquia de poco valor, pero reliquia al fin. Ante sus ojos quedó expuesto el retrato del Jesuita. Lo observó, había algo en aquella mirada, en la expresión de sus ojos. Definitivamente la había retratado un aficionado, pero, ¿Qué tenía esa pintura? Giró sobre sí para tomar una lupa del escritorio y comenzó a explorarla detenidamente.

Aparentemente los elementos empleados fueron extraídos de la naturaleza. Ella era una experta, en Oxford obtuvo las máximas calificaciones en estudio y evaluación del arte.

— La presentaré — se dijo.

Continuó examinándola, como hipnotizada. Sin reparar en el tiempo que llevaba frente a ese rostro que le intrigaba. De pronto, observó en el margen inferior izquierdo una pequeña línea, de no más de diez

LA CUEVA DEL LAGARTO

centímetros, sobresalía del resto del paño disimulada con trazos más acentuado. Acercó una lámpara y con la ayuda de la lupa comenzó a investigar qué podría ser aquello. Luego de una hora, concluyó que en ese sector, la tela se elevaba como si debajo hubiera algo más, un doble paño, un remiendo.

Revisó el dorso de la pintura, para su sorpresa encontró el mismo defecto.

¿Qué sería eso? Buscó una pequeña herramienta que servía para levantar finas capas de pintura en los trabajos de restauración y comenzó a recorrer la línea hasta encontrar un pequeño desprendimiento. Acercó más la lámpara y enfocó la lupa. ¡Allí estaba!

¡Lo había encontrado! Era una especie de lienzo superpuesto, comenzó a remover lenta y cuidadosamente hasta desprenderlo por completo. Ante sus ojos atónitos quedó expuesta una hoja de papel doblada en cuatro partes. Durante más de dos siglos permaneció oculta de todos cuanto observaron la pintura pero, ¿Qué era? y principalmente ¿Quién lo había puesto allí? Con sumo cuidado de no dañar el frente de la pintura, tomó la hoja con unas pinzas y la desprendió depositándola sobre el escritorio.

CAPÍTULO I

Suburbios de La Plata 2012

A pesar de la luz que se filtraba por los inmensos ventanales del amplio salón de recepciones y que se elevaban hasta el primer piso de la mansión. Atiborrado de pinturas y valiosos objetos de colección, a Gabriela le pareció, como tantas otras veces, oscuro, frío. No parecía una casa, más bien un museo.

Con un gesto de fastidio, como era costumbre en ella cada vez que observaba la estancia y decidida a no detenerse, se dirigió directamente a las escaleras, que la llevarían a los dormitorios ubicados en la planta alta, tratando de no hacer ruidos y así alertar al ama de llaves, cuyos años trabajando para sus padres, habían dejado una rigidez cadavérica en ella. Recorría la mansión husmeando, como si la llevaran de las narices.

Con la única que siempre Gabriela había tenido afinidad era con Doña Rosita, la cocinera. Pero, hacía unos años, se había jubilado y retornado a su pueblo natal, en la Provincia de Misiones.

Con ella podía conversar libremente, le fascinaba escuchar las historias que la mujer le relataba sobre las leyendas misioneras. La que más llamaba su atención era la de los sonidos de cadenas que se escuchaban por las noches cerca del río Paraná, según la leyenda, eran las cadenas con las que los aborígenes fueron sacados de las reducciones.

Desde que abandonó su departamento en Capital, sólo tenía una idea en mente: tomar algunas de las últimas pertenencias que aún quedaban, la herencia que su madre le dejó y abandonar definitivamente ese museo: la mansión Lambert.

Nunca se había sentido parte de una familia, no conocía el calor de hogar. Para ella esa estructura, no eran más que ladrillos amontonados, el depósito de las riquezas de su padre. Solía recordar los comentarios que hacía a algún invitado: *“Este jarrón, perteneció a la dinastía Ming, esta pintura es de Miró, Dalí”*... bla, bla, bla. Le hastiaba escucharlo y la enfurecía recordarlo.

Subió las escaleras rápidamente como queriendo deshacerse de las voces que retumbaban en su interior. Al llegar a la planta alta, todo estaba en silencio, casi en penumbras, salvo por dos lámparas encendidas en el amplio pasillo alfombrado que comunicaba los dormitorios del ala derecha. Avanzó hasta la primera puerta y se quedó un momento observándola, era la habitación de su padre. Dio unos pasos más, la habitación de su madre. Un impulso la llevó a tomar el picaporte pero se arrepintió.

Hacía sólo dos años había fallecido dejándole una importante suma de dinero, herencia que ella recibiera de sus padres y la guardó para Gabriela además de un cofre con joyas de alto valor.

Clara Wellington, su madre, provenía de una familia inglesa con estirpe, su padre había sido embajador de Inglaterra en varios países. Luego de terminar sus estudios en la Facultad de Bellas Artes de Inglaterra, se casó con Edmundo Lambert quien se encontraba residiendo en la ciudad mientras cursaba un posgrado en derecho. Luego del casamiento, decidieron radicarse en Argentina de donde era oriundo. Sus abuelos habían llegado de Inglaterra luego de la primera guerra mundial y adquirieron campos en la Provincia de La Pampa. Procedía de una familia adinerada, estancieros todos, él decidió cortar con la tradición y estudiar abogacía, carrera que le dio prestigio. Ahora, era dueño de uno de los bufetes más importantes del país y luego de que su hermano muriera en un accidente de tránsito a temprana edad, se convirtió en único heredero de los Lambert.

Gabriela fue la única hija de ambos. Un matrimonio muy ocupado en sus deberes sociales, no tenía tiempo de criar hijos.

La pequeña se educó en colegios con internados, de modo que esa casa, la mansión, no era más que un lugar de visitas para ella. Solía recordar que era el chofer quien la recogía del colegio los fines de semana. El hombre se limitaba a abrir la puerta del Mercedes, cargar su maleta en

el baúl del auto y conducir en absoluto silencio mientras ella veía por la ventanilla como las demás alumnas abrazaban a sus padres que las esperaban ansiosos para compartir unos días en familia. Por lo general, Gabriela llegaba a la mansión y nadie la recibía, su madre estaba de viaje o en alguna reunión. Su padre, bueno, su padre era un extraño. Solo le reconfortaba saber que Rosita la esperaba para hacerle las comidas que a ella le gustaban. Especialmente las chipas misioneras. ¡Ah, ésa era su debilidad!

Volvió sobre sus pasos y enfiló al ala izquierda donde estaban sus habitaciones, cuando abrió la puerta el olor a encierro le hizo fruncir la nariz. Por lo visto ni las mucamas entraban ya.

Corrió las cortinas para que penetrara el sol de la mañana y frente a sus ojos quedó expuesto el extenso edén que se extendía más allá del horizonte. Cubierto de rosales, álamos, cipreses y enredaderas que se trepaban a las pérgolas dando sombra a los sillones de jardín acomodados prolijamente con sus cojines. Ese sector de la casa era el único que Gabriela disfrutaba durante sus estancias de verano.

Giró sobre sus talones y se encontró con el espejo que le devolvió su figura de cuerpo entero. Se acercó coqueteando deteniéndose frente a él. Sus cabellos estaban un poco revueltos, se los recogió. Se acercó un poco más y observó que en el mentón le estaba saliendo un absceso.

— ¡Carajo! — dijo.

Gabriela era una joven escultural, delgada pero con curvas perfectas. Su piel blanca contrastaba con los cabellos castaño oscuro cayendo en una cascada de rizos y sus ojos profundos y azules le daban a su rostro angular un aire místico.

De pronto recordó que debía apurarse si no quería toparse con su padre. Era miércoles y él solía llegar al mediodía. O... ¿Eso era antes, cuando su madre aún vivía? No quiso arriesgarse y se apresuró. No tenía intenciones de librar otra batalla, la última vez que habían discutido, fue luego del funeral de su madre.

Lambert no soportaba que su única hija desperdiciara el tiempo e inteligencia en una carrera para pobres desgraciados. — como solía llamar a los historiadores, arqueólogos y antropólogos.

A Gabriela poco le importaba su opinión. Estaba decidida a obtener el título de antropóloga, pero además, se inscribió como ayudante en cuanta

expedición realizaron sus profesores para adquirir conocimientos de excavación y geología. Le apasionaba todo lo referente a las civilizaciones antiguas, así obtuvo un Doctorado en Historia Antigua. En los últimos años de facultad, investigó sobre las culturas indígenas de Argentina y se sintió atraída especialmente por la cultura del norte del país: los guaraníes.

Investigó más de lo que le pedían en la asignatura, logrando conocer ampliamente toda aquella civilización. Descubrió en los Archivos de la Biblioteca Nacional, documentos que aseguraban que en la época de los jesuitas, en la Provincia de Misiones se habían enterrado numerosos objetos referentes de las creencias religiosas de los guaraníes. De alto valor histórico. Además, según los archivos, un importante cargamento en monedas de oro español o mejor dicho, oro robado por los españoles a los habitantes de estas tierras, fue enterrado por los jesuitas y que nunca se halló. Con el correr del tiempo, esto pasó a formar parte del folklore regional. Todo aquello llamaba su curiosidad.

Gabriela se había propuesto como meta encontrar los objetos enterrados, no por su valor monetario sino por el gusto de hallarlos. Para ello, se aventuraría a la Provincia de Misiones y con el dinero de la herencia de su madre, financiaría su investigación. De ser necesario recurriría a permisos nacionales. Estaba dispuesta a todo con tal de develar el misterio que, según los archivos, encerraban los guaraníes. De hecho, unas semanas atrás ya había solicitado las autorizaciones correspondientes. Conversó con uno de sus antiguos profesores a quién puso al tanto de sus planes. Éste le ofreció estar dispuesto a lo que ella necesitara, solo tenía que llamarlo. Alberto Rolón era director de investigación en la Universidad de Buenos Aires, encabezó innumerables expediciones y fue el responsable de importantes hallazgos arqueológicos. Gabriela había sido una muy buena discípula.

Abrió las puertas del armario, extrajo del fondo un bolso, lo arrojó sobre la cama y comenzó a cargarlo con jeans viejos, camisas, un par de bermudas de explorador, camisetitas, y un par de botas. También, vació un cofre con algunas alhajas y un cepillo para el pelo. Abrió un cajoncito y extrajo su pasaporte y unos documentos.

Recorrió con la vista la habitación en busca de algo que se le hubiera pasado por alto, deteniéndose en la mesita de luz. Sobre ella,

un portarretrato con la fotografía de su madre. Joven y hermosa, fue tomada antes que le detectaran un cáncer que la consumió en menos de tres meses. Tomó el objeto y lo depositó dentro del bolso. Nunca había tenido afinidad con ella, siempre fue una extraña, pero al fin de cuentas era su madre y ya no estaba.

Se dirigió a la habitación de su progenitora. Al abrir la puerta, el recinto estaba en penumbras. Aparentemente tampoco nadie había entrado en mucho tiempo. Encendió las luces y dejó caer el bolso sobre un sillón de orejas tapizado en pana, estilo inglés. Avanzó directamente a una pintura de su propio rostro colgado en una de las paredes, lo retiró dejándolo en el suelo y frente a ella quedó expuesta una pequeña caja fuerte. Desactivó la alarma con su fecha de nacimiento — 03081987— abrió la caja y extrajo de su interior un sobre de cuero negro, un estuche metálico y una llave. No se molestó en revisar nada, conocía muy bien su contenido. Introdujo todo dentro del bolso de mano cuya correa le atravesaba el torso, recogió el otro de la silla de orejas y cerró nuevamente la puerta.

— Venís como un ladrón a tomar las cosas de tu madre. — la voz de su padre resonó en el amplio pasillo y le provocó un susto tremendo. Lejos de expresarlo, Gabriela respondió en un tono sereno.

— No vengo a robar nada, sino a tomar lo que me pertenece por derecho y yo también me alegro que esté bien.

— ¡No seas insolente Gabriela! ¿Qué hacés aquí? ¡Ni siquiera los sirvientes te escucharon entrar!

— Ya te dije, vine por mis cosas, pero ya me marchó.

— ¿A dónde? Seguí con esas ideas locas de aventurarte a los confines para llenarte de polvo, cuando aquí tenés todo para ser una bella y exitosa mujer. Quizás hasta podrías casarte con algún embajador o algún otro diplomático y recorrer el mundo. ¡Miráte, si parecés una pordiosera!

— Sí, claro. — respondió Gabriela con una sonrisa en los labios que más pareció una mueca y agregó— Y llevar una vida miserable como la que llevaron vos y mi madre. No gracias, paso.

— ¡Sos una mocosa mal educada Gabriela!

— ¿Vio padre? Gastó en vano tanto dinero en mi educación. — respondió echando un vistazo a su aspecto.

Sin decir nada más se dirigió rápidamente a las escaleras pasando

junto al hombre que explotaba de cólera.

— ¡Alto, Gabriela! — le ordenó— ¡Necesitamos hablar!

— Me marcho padre, que tenga una buena vida.

— ¡Gabriela! — le gritó nuevamente el anciano pero su hija ya había dado un portazo que hizo que el ama de llaves diera un respingo cuando se asomó desde la puerta de la cocina, alertada por los gritos.

La mansión Lambert se encontraba a 10km de la ciudad de La Plata en una zona de campos y casas antiguas de importantes propietarios. En el trayecto de regreso, Gabriela condujo su coche automáticamente, sin prestar atención alguna al paisaje. Los inmensos álamos con sus hojas en creciente decadencia. Entre el rojo y ocre, se cernían sobre el camino de grava como abrazándolo, el sol se filtraba por el escaso follaje. Todos sus pensamientos se reducían a los últimos minutos. Cada encuentro con su padre, significaba una batalla. En parte se sentía aliviada por no tener que regresar, pero terriblemente triste a la vez. Nunca entendió el comportamiento de sus progenitores. En varias ocasiones se preguntó: “¿Para qué me habrán concebido si en sus planes no figuraba la crianza de un niño?” Fueron siempre unos perfectos desconocidos.

Aceleró un poco más como si alejándose, consiguiera borrar el pasado. Tenía un objetivo en mente y lo cumpliría a como dé lugar.

CAPÍTULO II

Misiones

El avión ya había girado para alinearse con la pista de aterrizaje del aeropuerto de la ciudad de Posadas, en la Provincia de Misiones. Hacía unos minutos el comisario de a bordo ordenó a los pasajeros que se ajustaran los cinturones.

Alejandro observó por la ventanilla los campos regados de ganado y no pudo evitar recordar su niñez en las afueras de la ciudad de Santa Rosa, en La Pampa. Su padre trabajó como administrador de una estancia desde que él era pequeño — aun lo hacía. — Su infancia transcurrió entre el ganado y los cultivos de manzanos y trigo. Asistió a la escuela del paraje donde su madre era la maestra. Su infancia le traía buenos recuerdos. Vivió, allí, en la estancia La Micaela hasta que debió internarse en un colegio religioso en Santa Rosa para continuar sus estudios secundarios. Pero, a penas finalizaban las clases y llegaban las vacaciones de verano, esperaba ansioso a su padre que venía a recogerlo para volver al campo y disfrutar de la libertad, de las extensas cabalgatas o de una tarde en la laguna que poseía la propiedad.

Todo aquello había quedado en el pasado. Ahora se encontraba a bordo de un avión que lo depositaría en tierras distantes donde un gran desafío lo esperaba.

Contratado meses atrás por BiS&LoN, una firma internacional que adquirió tierras en la Provincia de Misiones, viajaba hacia la misteriosa “Tierra Colorada” para construir un complejo turístico de dimensiones titánicas, el cual incrustado dentro del exuberante escenario del río, los campos y malezales paranaenses, sería una antítesis de modernidad

adentrada en sus fauces. Resaltando la belleza virgen de la zona con hoteles, espacios de ocio junto a centros comerciales y como apalancamiento entre aquella espesura selvática y las Ruinas de San Ignacio Miní, declaradas Patrimonio de la Humanidad, en 1993, por la UNESCO.

Un reto a la altura de Alejandro.

Lejos de acobardarse, ahora era el encargado de conducir el proyecto como ingeniero en jefe. Debía estudiar el terreno, confeccionar los planos, contratar a los obreros y realizar todo el control de la obra, además de elaborar los informes pertinentes a la firma.

Buscaba siempre un buen clima laboral, donde el trabajo era la prioridad. Lo afrontaba con decisión y responsabilidad pero sin perder la chispa de humor con sus subordinados, sin que por ello perdiera autoridad. Respetado por su personalidad avasalladora pero bien amalgamada con su carácter encantador, fue admirado desde muy temprana edad, tanto por hombres como mujeres. Sus congéneres les brindaban confianza y respeto.

Las mujeres... ¡Ah...! ¡Las mujeres se derretían ante sus encantos! No es que fuera un *"calavera"*, su opinión sobre ellas estaba lejos de ser ligera, pero era un conquistador por excelencia.

Quizás sus reservas eran justamente el secreto de su seducción. Para él, las mujeres no eran el centro de su vida y, si bien, había tenido varias conquistas, jamás alardeó de ninguna.

El avión tocó tierra, el sacudón arrancó a Alejandro de sus pensamientos.

Fue recibido por Héctor Solís, un hombre corpulento de unos cincuenta años, antiguo capataz de la firma BiS&LoN durante diferentes emprendimientos en la provincia. Según los comentarios, era un hombre con mucha experiencia en el cargo.

—Buenos días, Solís, mucho gusto—. dijo Alejandro al tiempo que tendía la mano para estrechar la de su anfitrión.

—¿Cómo estuvo su vuelo?

—Tranquilo, gracias. ¿Nos marchamos?

—Sí. Déjeme ayudarlo con su equipaje.

—¿Hacia dónde nos dirigimos ahora? — preguntó Alejandro una vez que se instaló en el asiento del acompañante.

—Usted es el jefe, señor. ¿Prefiere ir al hotel o a los depósitos de la empresa donde está su camioneta?

—No, no. Vayamos directamente a los depósitos. Retiraré la camioneta así te libero y puedes hacer tus cosas. Y... no me llames señor.

—Gracias, entonces. Pero no es molestia, de todas maneras no tengo mucho que hacer. Dejé todo ordenado para marcharnos mañana temprano rumbo a San Ignacio.

—De acuerdo, pero yo sí tengo mucho que hacer. Necesito ir al banco y organizar los planos que envié la semana pasada.

—¿Quiere que lo lleve? No conoce la ciudad y demorará más.

—Tenés razón. Si no te ocasionaré molestias, vamos entonces.

Dos horas después, Alejandro abandonó el Banco de la Nación Argentina luego de realizar los trámites de transferencias bancarias para tener dinero efectivo disponible y revalidar su firma para la cuenta de la compañía, se dirigió a la camioneta donde Solís aguardaba imperturbable. El calor a esa hora de la mañana era abrazador pero bajo la sombra de los inmensos árboles de la plaza 9 de Julio, la brisa hacía más llevadera la espera.

—Ya está todo arreglado—, dijo Alejandro al tiempo que se acomodaba en el asiento.

—Me alegro. ¿Quiere almorzar?

—¡Excelente idea! ¡Muero de hambre! Hoy no desayuné.

—¡Perfecto! Conozco un lugar que le va a gustar.

—Por favor, no me lleses a esos restaurantes pitucos.

—No señor. Ya verá.

—Muy bien, confío en tu buen gusto y te repito, no me llames señor. Mi nombre es Alejandro o si preferís Montero.

Solís conocía muy bien la ciudad, siempre había vivido allí. Comenzó desde muy joven ayudando en la construcción del puente que une las ciudades de Posadas y Encarnación, en la República del Paraguay, luego trabajó en varias obras menores que le permitieron adquirir experiencia. Así fue ganándose un lugar de privilegio entre los grandes contratistas, habían pasado treinta años de eso, era en Misiones, el hombre más confiable para la compañía. Su trabajo consistía en controlar al personal,

llevar un registro de todos los movimientos y progresos de las obras encaradas. Aunque de joven su especialidad fue siempre la de excavador.

A las 12.45, estacionó la camioneta en la costanera, una obra de vanguardia que cambió la fisonomía de la ciudad capital dándole cierto prestigio, elevando al mismo tiempo el valor de los inmuebles hacia precios exuberantes.

La mayoría de los restaurantes que pasaron eran de categoría, pero al doblar una curva, se encontraron con un pequeño comedor rústico, con mesas y sillas de madera de monte, talladas a mano dispuestas bajo una pérgola cubierta por una enredadera Santa Rita de color ladrillo. El lugar, si bien era costoso, no dejaba de brindar un ambiente confortable, íntimo y familiar.

—¡Sí que me sorprendiste! Sabía que Posadas era linda, escuché hablar de todas las obras realizadas, pero, realmente este lugar es magnífico.

—Me alegro que le guste.

Los hombres se acomodaron en una mesa alejada del resto. Pidieron una cerveza y una parrillada completa.

—¡Que bah! Disfrutemos de este paisaje, mañana comenzaremos a trabajar duro—, dijo Alejandro con una sonrisa en los labios. Solís lanzó una carcajada al tiempo que bebió un trago de la espumante bebida.

Mientras aguardaban en silencio a que el mozo despejara la mesa, Alejandro recorrió con su mirada observadora la mega obra de infraestructura sobre el Paraná que realizaba la belleza del río.

El capataz lo estudiaba y cuando el mozo se hubo marchado, decidió romper el silencio y sacar a su compañero del trance en el que se encontraba.

—Va a llover—, dijo con seguridad.

Alejandro volteó y notó la mirada esquiva de Solís. Tenía los ojos puestos en el cielo azul plomizo. Sin responder, estiró las piernas en todo su largo y las cruzó a la altura de los tobillos, llevándose las manos a los bolsillos del jeans. Sonrió meneando la cabeza con expresión divertida. Como si el comentario le hubiera traído recuerdos.

—¿Por qué lo decís? —preguntó finalmente.

—Fíjese el cielo. Está de un azul más oscuro y esas colas de gallo—, señaló una formación de nubes que parecían haber sido pinceladas por un artista—. Son señales de lluvia. No creo que pase de esta noche.

—¿Realmente lo creés?

—Sí. Puedo jugarme el sueldo entero.

Una carcajada brotó de la garganta del ingeniero.

—Te creo y no me atrevería a apostar. Mi padre es igual, conoce las señales del tiempo. Yo lo llamo barómetro humano.

—¡Ah! ¡Ustedes los jóvenes miran sin ver! Todo lo tienen servido. Para adelantarse a algo solo prenden el televisor o el celular y ahí encuentran toda la información. Pero, déjeme decirle mi amigo que antes, eso no sucedía. O aprendíamos a interpretar las señales o nos veíamos obligados a enfrentar las consecuencias.

—Es así Solís, es así— contestó Alejandro divertido.

Esa misma tarde, los hombres se dirigieron a los galpones de la compañía para ultimar los detalles del viaje a San Ignacio.

Acomodaron algunas herramientas de medición, estas previamente enumeradas, pesados martillos, planos y documentos. Cargaron todo en la camioneta que usaría Alejandro.

—¿Vendrás conmigo?— quiso saber.

—¡Pero por supuesto! No sea cosa que termine en los Saltos del Moconá o en alguna picada perdida en el medio del monte. Pero, iré en mi camioneta, tendremos mucho que hacer allá y será mejor que dividamos el trabajo.

—Bien— respondió el ingeniero. Quien sin poder escudriñar a aquel sujeto, sentíase constantemente inspeccionado.

—Terminamos entonces aquí. Yo iré directamente al hotel, estoy molido y mañana nos espera un día de locos.

—Como quiera, me voy a casa entonces. Tengo que cargar mis cosas y de paso voy a llamar al hotel para hacer su reserva. No quise alquilar nada. Después de todo, será usted quien vivirá allá — dijo el capataz.

—Uh... — se quejó Alejandro—, eso también. Y buah... si no queda otra— se conformó, encogiéndose de hombros.

—No se preocupe, el pueblito es tan pequeño que en dos manzanas, terminará su recorrido.

—¡Que alentador!

Dicho esto, Alejandro abrió una larga caja metálica donde depositó

los últimos planos para guardarlos después bajo el asiento posterior de la camioneta.

—Vaya nomás, yo me encargaré de cerrar el galpón y de paso hablaré con el custodio.

—Hasta mañana entonces. ¡Ah! ¿Dónde nos encontramos?

—Será mejor a la salida de la ciudad, yo vivo por ahí. Aquí en el centro no hay donde estacionar. ¿Qué le parece la estación de servicios YPF? Podríamos desayunar ahí. Tome la Avenida Uruguay hasta la rotonda y siga por ruta 12 hacia Iguazú unos seis kilómetros hasta Garupá. Allí está la estación de servicios.

— No te preocupes. Tengo un GPS.

—Ahhh ¿Vio? No digo yo que la juventud no se mueve sin tecnología— el capataz largó una carcajada y se perdió en la oscuridad del galpón.

Alejandro subió a su camioneta sonriendo por el comentario y guardó los datos en su GPS antes de olvidar las instrucciones. No quería perderse y darle más razones para reírse a sus expensas.

En su recorrido al hotel pudo observar el movimiento de la noche posadeña. Los transeúntes colmaban las veredas y peatonales. Era una ciudad chica pero muy movida. Decidió que le gustaba. Tenía color y aún conservaba el calor de los pueblos donde predominan la camaradería, cordialidad y por qué no, la familiaridad de gente que se conoce.

Antes de llegar, unas pocas gotas comenzaron a caer sobre el parabrisas. “Barómetro humano” pensó y esbozó una sonrisa.

CAPÍTULO III

La Plata

Gabriela estacionó el auto frente al Banco de la Nación Argentina, donde su madre tenía una caja de seguridad hacía varios años, luego de que malvivientes perpetraran un robo en la mansión, alzándose con numerosas joyas.

En aquella oportunidad su padre volvió a recitar el acostumbrado y detallado rosario enumerando cada uno de sus preciosos objetos de colección: *“Por lo visto, y me alegro que estos delincuentes no posean cultura alguna. Sólo una de estas piezas —y señalaba un jarrón— vale más que ese montón de joyas”*. Bla, bla, bla... Continuaba Gabriela por lo bajo.

Descendió del auto y cruzó la avenida en dirección a la entrada. Al ingresar, el aire acondicionado, que funcionaba a la perfección, la reconfortó.

Se dirigió directamente a las oficinas superiores donde debía solicitar el acceso a las cajas de seguridad.

—Buenos días señorita— la saludó un empleado al verla — ¿En qué puedo ayudarla?

—Necesito acceder a mi caja de seguridad.

—¿Trajo su llave?

—Sí, aquí la tengo.

—Muy bien.

El hombre traspuso la puerta de su oficina y con un ademán indicó a Gabriela que lo acompañara. La condujo por un amplio pasillo hasta

unas escaleras, ella siguió al sujeto que parecía haberse puesto el traje sin quitarle la percha y no pudo evitar sonreír.

Era una muchacha muy divertida, siempre fue líder en la escuela, quizás la rebeldía que mostraba hacia sus progenitores era su faceta oscura, quizás era lo que la hacía ser transgresora. Su mal carácter sólo se manifestaba en presencia de ellos, o quizás ellos la ponían de mal humor. El resto del tiempo era jovial y aventurera, pero por sobre todo franca y de corazón humilde.

Al llegar al pie de las escaleras, se dirigieron a una puerta de acero sólido. El agente introdujo un código en el panel digital y una extraña llave dentro de una cerradura igualmente extraña.

Gabriela nunca había estado allí, su madre le entregó la llave antes de morir y eso fue todo.

El hombrecillo, que por su aspecto delataba unos 60 años, con su traje rayado, camisa almidonada y un moño en el cuello que parecía tan ajustado que casi le cortaba la irrigación al cerebro, se dio vuelta para enfrentar a la muchacha quien lo observaba solazada, como expresando con la mirada la opinión acerca de su aspecto.

El hombre se sintió un tanto incómodo pero trató de disimularlo acomodándose el armazón de los anteojos.

—¿Me dice su número de llave señorita?

—¿El número? No tengo idea.

—En la llave figura señorita.

—¡Ah que tonta! Déjeme ver... Ah... sí, aquí: 85

—85— volvió a repetir el sujeto—, un momento.

Se dirigió a un panel de donde extrajo una llave igual.

—Aquí está—. Le hizo señas a Gabriela— aquí por favor, introduzca su llave.

Frente a ellos, un conjunto de casilleros empotrados en la pared, cada uno con una numeración y dos orificios de cerradura, le hicieron recordar a Gabriela el nicho donde habían depositado el féretro de su madre en el panteón familiar. Introdujo la llave, al tiempo que el empleado hacía lo propio.

—Gire—. Le ordenó.

El mecanismo se destrabó y un resorte expulsó la caja levemente hacia afuera.

—Listo, la esperaré afuera. Tómese su tiempo. Allí tiene una mesita donde puede trabajar tranquila— dijo señalando un mostrador en uno de los rincones de la bóveda.

—Gracias.

El sonido de la puerta al cerrarse tras el hombre le produjo un escalofrío. La habitación bien iluminada, revestida de mármol y metal le provocó la sensación de estar en una morgue.

Quitó la caja removible del interior y la depositó sobre el mostrador.

Extrajo de su interior un sobre de cuero, un alhajero y un estuche de terciopelo.

—¡Vaya!—, dijo en voz alta — madre, sabía que tenías muchas joyas, pero esto es increíble. ¿Para qué tantas?— se preguntó—. Para estar guardadas bajo siete llaves aquí. ¡Qué estupidez!

Revisó rápidamente los estuches: Pulseras, gargantillas, aros y collares. De piedras, oro y diamantes, también una fina cadenita de oro blanco.

En el estuche de terciopelo un *reloj Cartier* con engarces de oro y diamantes y en el alhajero, diversos anillos de muchísimo valor.

Vació el contenido de todo dentro de su bolso y abrió la segunda tapa de la caja.

Allí encontró el título de propiedad del departamento en pleno Palermo donde vivió los últimos cinco años. Su madre se lo había transferido años atrás cuando ella cumplió la mayoría de edad. Retiró cinco fajos de billetes de cien dólares que en total sumaban unos 50 mil.

—Pequeña fortuna— volvió a decir en voz alta.

Gabriela nunca compartió la vida que llevaba su madre. Le parecía un desperdicio poseer tanto dinero, ya sea heredado o ganado, guardado en un lugar frío como lo era la bóveda de un banco. Para ella la vida pasaba por otro lado. En vez de acumular hubiera disfrutado viajando y conociendo otros lugares. De hecho, su madre conoció casi toda Europa y muchos otros países, cuando se desempeñaba como directora del museo de La Plata, pero sus viajes siempre tenían carácter oficial, nunca de placer. Al final, murió rodeada de riquezas y se fue con lo puesto. Ahora ella haría buen uso de todo, muy a pesar de su padre. No estaba segura de si lograría su cometido pero lo intentaría, monopolizaría ese dinero aunque se quedara sin un centavo. Después de todo había estudiado y podría ganarse la vida con su trabajo.

En el fondo de la caja encontró un sobre de color ocre, laqueado. Por el aspecto era muy antiguo. Lo extrajo inmediatamente atraída por la curiosidad. Nunca antes lo había visto. En el dorso había una nota pegada. La retiró con cuidado para no estropear el sobre.

“Hija: sé que tu destino no será igual al mío. También conozco tu espíritu aventurero y la pasión que sientes por la historia. Sé de tus anhelos, de modo que te dejo este testimonio que si no me equivoco y conozco tu corazón, tendrá más valor que todo lo que encontrarás en esta caja. Siempre te admiré y siempre te amé. Tu madre” 15 —11 - 2009

Gabriela no daba crédito a lo que acababa de leer. Por la fecha, la nota fue redactada tres meses antes de su muerte. ¿Qué podía contener el sobre que fuera tan importante? Decidió aguantar la curiosidad que comenzó a consumirla, guardó el sobre en su bolso, introdujo las escrituras del departamento nuevamente en la caja junto a los estuches vacíos y colocó nuevamente la caja en su nicho. Cerró con llave y se dirigió a la puerta donde la esperaba el empleado.

—¿Necesita algo más señorita?

—Sí. Quisiera cambiar éstos dólares a moneda nacional y depositarlos en mi cuenta corriente.

—De acuerdo, vayamos a mi oficina, haremos el trámite desde allí así no la hacen esperar en el mostrador.

—Si no es problema, ¿podría realizar una llamada de larga distancia?

—Como no... ¿con quién desea comunicarse?

—Subsecretaría de Asuntos Jesuíticos—Guaraníes, de la Provincia de Misiones.

Cuando la muchacha salió del banco eran casi la una de la tarde, estaba famélica, pero decidió comer algo al paso. Tenía aún mucho trabajo antes de tomar el vuelo que la llevaría a su destino y donde permanecería largos meses.

Luego de comprarse una hamburguesa y un jugo natural en un local de comidas rápidas, enfiló por la calle 8 al 700 donde se ubicaba la joyería. Debía deshacerse del pequeño tesoro que llevaba. Una joven sola, era presa fácil. Estacionó su *Audi* frente al local donde su madre fue

considerada siempre una de las mejores clientes. Bebió el último trago de jugo directamente de la botella, otra de las actitudes que enervaban a su padre y descendió del auto.

El empleado que la recibió quiso atenderla pero ella exigió hablar con el gerente.

—Sólo dígame que soy la hija de la señora Clara Wellington de Lambert.

—Un momento, por favor.

El joven se retiró hacia el fondo del local, donde se encontraba la oficina del gerente. A través de las persianas, Gabriela observó la premura con la que el sujeto se levantó cuando el empleado le comunicó su presencia.

—¡Señorita Lambert! ¡Qué agradable sorpresa! ¿Qué la trae por aquí?

—Gunter. Vengo a entregar unas joyas para su venta— dijo Gabriela secamente. Odiaba ese tipo de sujetos condescendientes. Si le hubieran dicho que era una simple joven, jamás la hubiera atendido.

—¿Vender? ¿Qué quiere vender, señorita Lambert?

—Las joyas de mi madre.

—Pero... ¿Por qué? ¿Acaso no son de su agrado?

—No se trata de eso, simplemente no me son de utilidad.

—Pero, señorita Lambert, piense bien. Las joyas de su madre son únicas y algunas muy antiguas, pertenecieron a su familia por generaciones.

—Señor Gunter, estoy decidida a venderlas. Si no las quiere recibir, me iré a otra joyería. No necesito sermones.

Gabriela estaba a punto de perder los estribos. Ese hombre le causaba repulsión.

—De acuerdo, como usted diga señorita. Pase a mi oficina y veremos lo que ha traído.

—He traído todo.

—¿Todo?— exclamó el gerente quien conocía muy bien cada joya ya que en muchas ocasiones fue el encargado de limpiar o repararlas.

—Sí. Todo. ¿Algún problema?

—No, no. Pase.

Una hora después, abandonó el establecimiento con el bolso liviano. A pesar del calor y el fuerte sol, se sintió aliviada. Aspiró hondo, tratando de sacarse el mal humor que le produjo Gunter. Durante la hora que permaneció con él debió soportar los reproches, las acusaciones de imprudencia por querer deshacerse del pequeño tesoro. Finalmente y,

viendo que Gabriela estaba decidida, aceptó valuar las joyas y ubicarlas en el mercado. En dos meses tendría novedades. Gabriela le dejó su número de teléfono celular. Si bien ese hombre le causaba irritación, había que reconocer que era bueno en su trabajo y sobre todo muy confiable. Le dio una estimación preliminar de la suma que podrían obtener y ella sabía que era lo justo. Además, se libraba de andar de un lado a otro buscando precios. El hombre le entregó un documento donde constaba la entrega detallada de cada una de las joyas.

Puso en marcha el motor del auto y comenzó a transitar las calles buscando la concesionaria donde su padre solía comprar sus coches últimos modelos.

En el estacionamiento, fue recibida por un playero.

—Espere aquí un momento señorita, iré a buscar a un agente.

—Gracias— dijo Gabriela mientras se acomodaba en el amplio sillón de cuero.

Cinco minutos después, el mismo gerente bajó de sus oficinas para atenderla en persona. La conocía ya que ella había ido a retirar el lujoso vehículo que su padre le regaló muy a su pesar, cuando obtuvo el título universitario.

—Necesito una camioneta y quisiera entregar mi auto.

—Ha venido al lugar correcto.

Ya en aeroparque, el avión que dejaría a Gabriela en sus tan queridas tierras guaranícas venía con retraso de, por lo menos, cuarenta minutos. La muchacha aprovechó ese tiempo para sentarse en un bar y cenar algo ligero entre el murmullo de personas que caminaban cadenciosamente a su alrededor evaporando la jugosa transpiración hacia nubes de olor rancio. Mientras esperaba extrajo de su cartera la nota que su madre le dejó. Durante el día no había tenido oportunidad de leerla, pero con ella nuevamente entre sus manos la ansiedad comenzó su ascenso recorriéndole cada fibra del cuerpo.

Quebró el lacre, algunos fragmentos cayeron en su falda, otros permanecieron pegados a la nota. Las letras eran muy antiguas, de las que se usaban en la época de los conquistadores, pero el lacre era nuevo. Seguramente, su madre la selló. El lenguaje, en español arcaico, que le

recordó la lectura del Quijote en su adolescencia, pero con la presencia de vocablos en guaraní, lo cual era propio de los jesuitas que habían vivido en la región del Guayrá en el siglo XVIII, le despertó un interés inmediato. Una mezcla de guaraní y español.

Cuando finalizó la lectura, sus manos temblaban sin control. Trató de leerla nuevamente, pero no pudo. Un coctel de ansiedad y sorpresa le subió hasta la parte posterior de la garganta. Dejó caer sus brazos a los costados del cuerpo. Se sentía extenuada, sin pensar en nada continuó así por un rato, con la vista perdida hasta que el mozo la interrumpió.

—Señorita. ¿Algo más?

—¿Qué?

—¿Necesita algo más?

—No, gracias.

Estaba aturdida, sus ojos no daban crédito a lo que acababa de leer y su mente confundida tenía un montón de preguntas sin responder.

—¡Santo cielo! —dijo en voz alta. Un niño de la mesa contigua la miró asombrado.

—Mierda, mierda y más mierda—, repitió en un susurro— pero, ¿De dónde carajo sacó mi madre esto? ¿Por qué no me dijo nada antes?

Las preguntas sin respuestas se agolpaban. Sentía una mezcla de rabia y de emoción. Rabia con su madre por guardar el secreto, sabía lo importante que aquella nota era para ella, no le dio oportunidad de preguntar. Ahora, jamás se revelaría la procedencia del documento. Si en algo Clara no se equivocó, fue en decir que aquella nota era mucho más valiosa para Gabriela que todo el oro del mundo.

La plegó y tras guardarla en el bolso, terminó lo que quedaba del jugo de naranjas para borrar el sabor amargo de la hiel, pero no probó bocado.

El avión aterrizó a las 21,45 hs. Gabriela estaba inquieta, no había podido tomar el vuelo de la mañana directo a su destino y debió conformarse con el que hacía escala.

Era tarde, estaba cansada y tenía los nervios crispados por el trajín del día. Además, esa carta... esa carta la dejó perpleja. Jamás se imaginó tener un tesoro tan valioso entre sus manos. Hacía unas horas se despojó de uno, en joyas y, ahora, tenía otro, pero éste, éste era invaluable.

Pensó en su padre. Rodeado de antigüedades. ¡Ja! Si supiera que fue justamente su madre quien le ocultó también a él semejante revelación. No es que le interesara su contenido, pero, la nota era de por sí una reliquia y, como tal, valía unos cuantos miles de pesos. Con ella podría pavonearse ante sus amigos. Siempre pensó que la profesión de Gabriela no valía lo que pagó por su educación. Pues ella no le daría el gusto, cuando descubriera lo que revelaba la carta se lo haría saber y, por supuesto, se enteraría que fue gracias a la ayuda de su madre. Lo único que esperaba era poder triunfar en su búsqueda. Los datos precisados y la legitimidad del documento eran indiscutibles.

Tomó un taxi que la llevó al hotel Posadas. En el trayecto el conductor trató de entablar una conversación, pero, al verla por el espejo retrovisor abstraída en sus pensamientos, como si solo su cuerpo estuviera allí, decidió callar.

Cuando se detuvo frente al hotel comenzaban a caer las primeras gotas en un otoño que prometía ser húmedo y lluvioso. Luego de recibir el dinero y entregar las maletas al conserje, se distrajo por un segundo con los bocinazos procedentes de la semipeatonal posadeña, donde sobre una vía de adoquín, guerreaban transeúntes flanqueando las calles y conductores apurados aceleraban ante el verde del semáforo, pero frenaban a los dos metros por la cola de autos sin avanzar al frente, los motociclistas surcaban a medio milímetro de ellos destripando varias reglas de tránsito y entre el tumulto mecánico, los seres de a pie, se veían como hormigas acarreado sus hojitas entre acelerados escarabajos de metal.

El hall del hotel era muy cómodo, austero, sin mayores lujos. Para Gabriela era perfecto. Estaba acostumbrada a pasar sus noches de expedición en cualquier hotel al paso, luego de un arduo día de trabajo a la intemperie, con viento helado en el sur argentino o sol abrasador en el norte.

Inmediatamente escuchó la voz de su padre *“Ah, esto es todo. ¿No hay un hotel cinco estrellas en esta ciudad?”*

Mientras se registraba, el botones subió su equipaje. Le dieron la tarjeta de la habitación y antes de retirarse, pidió que le subieran un jugo de naranjas.

Tomó el ascensor que la llevaría al tercer piso. Un mechón de cabello

se le deslizó sobre la cara, cuando lo recogió y se lo llevó detrás de la oreja sintió que el arete se le desprendió y cayó.

Comenzó a buscarlo con la vista. Era un pequeña perla engarzada en oro blanco que su madre le regaló cuando ella cumplió los diez años, desde entonces nunca se los había quitado. Trató de visualizarlo en el piso de mármol de color crema, pero la débil luz del ascensor no ayudaba.

Tardó en darse cuenta que las puertas se abrieron y se sobresaltó al notar que un hombre alto, de espaldas anchas, de ojos verdes la observaba con las manos apoyadas a cada lado de la abertura.

Con una sonrisa en los labios le preguntó:

—¿Se le ha perdido algo?

—No—, contestó terminante.

—Pues eso parece.

Gabriela se incorporó y dio un paso para salir, pero, el hombre no hizo ademán por retirarse bloqueándole la salida.

—¿Puede darme lugar? Pidió casi irritada.

—Todo suyo, señorita—, contestó sin moverse y agregó—, si ha perdido algo, puedo ayudarla.

—¿Podría hacerse a un lado, por favor?

Sin más, el sujeto se apartó de la puerta dejándole el camino libre. Ella pasó a su lado sin mirarlo y se alejó por el pasillo, pero, por alguna extraña razón sintió que ese par de ojos seguían clavados a su espalda. Un escalofrío le recorrió la nuca.

Agotada se dejó caer en la cama con los ojos cerrados. Inmediatamente los volvió a abrir. Aquellos ojos verdes continuaban escrutándola.

Luego de darse una ducha, se colocó la bata y antes de utilizar el secador de cabellos pensó en dejar la puerta de la habitación entreabierta para que la mucama no le molestara con el jugo de naranjas que había pedido. Nuevamente se dirigió al baño pero al encender el artefacto, un golpe en la puerta la detuvo. Dejó los ojos en blanco por el fastidio de la interrupción, pero, contestó amablemente.

—Pase, déjelo sobre la mesa. Allí le dejé la propina y gracias. ¡Ah! y por favor cierre la puerta al salir!

Encendió el secador y echó la cabellera hacia adelante. Con una destreza impecable manejó el aparato con una mano mientras que con los dedos de la otra abría mechones de cabello para dejar entrar el aire caliente. Cinco minutos después devolvió el artefacto a su lugar y terminó de cepillarse la melena. Salió del cuarto de baño acomodándose la bata despreocupadamente.

—¡Santo Dios! —dijo con un grito ahogado—. ¿Qué rayos hace usted aquí? — continuó casi escupiéndole la pregunta. —¡Cómo se atreve! ¡Llamaré al conserje!

—Disculpe señorita...

Respondió el sujeto en tono sereno, arrastrando la última sílaba como preguntando por el nombre de la joven. Como no obtuvo respuesta inmediata continuó ante la mirada encolerizada de Gabriela.

—Me parece que tenía razón cuando hace un momento dije que había perdido algo. ¿Es esto suyo?— preguntó al tiempo que extraía de su bolsillo el pequeño objeto.

Ella se abalanzó sobre él tratando de quitárselo, pero, el intruso fue más rápido y alzó su mano por sobre la cabeza a una altura imposible de llegar.

—¡Oiga, eso es mío!

—No lo dudo, pero me gustaría saber por qué tiene usted tan mal carácter. En el ascensor solo quise ayudarla y ahora me trata como si fuera un patán, cuando mi intención siempre fue la de socorrerla.

—Mire, estoy muy cansada, tengo mucho por hacer todavía y no tengo tiempo de lidiar con un libertino como usted.

—¡Wo, wo, wo! Pero... ¿Por qué me llama así? ¿Acaso yo le he propuesto algo más que la ayuda que le ofrecí?

—¿Qué hace en mi habitación?— preguntó al borde de sus fuerzas.

—La puerta estaba abierta y usted me indicó que entrara. Pero no se preocupe, yo también estoy cansado y no tengo ganas de lidiar con una niña malcriada. Solo quise devolverle lo que había perdido.

Dejó la perla en la mesita de entrada y se marchó sin darle tiempo a Gabriela a responder el insulto.

Ella se quedó con los puños fuertemente cerrados hasta que los nudillos se pusieron blancos. Un golpe en la puerta la sobresaltó y se dirigió a ella dispuesta a asestarle un golpe al muy canalla, pero, al abrir

se topó con la sonrisa del botones que traía su pedido.

—Déjelo en la mesita— dijo áspera.

Al muchacho se le borró la sonrisa, cumplió la orden y se marchó.

Más tranquila y recostada, con la computadora portátil sobre su regazo, terminó de contestar unos correos. Cerró la máquina dejándola a un lado. Cruzó los brazos sobre su cabeza y exhaló un suspiro. Paseó su mirada por la habitación hasta detenerse en el sobre que descansaba sobre la mesita de noche. Lo tomó y sin pensarlo lo abrió. Quería volver a leer la carta con más calma y objetivamente.

Si su madre comprendía su contenido y sabía que aquello era tan importante para ella. ¿Por qué no lo había mencionado antes? ¿Por qué esperar a revelarlo después de su muerte? Eran muchos interrogantes pero ella estaba dispuesta a llegar hasta el fondo. Si el documento era auténtico, como así parecía, estaba ante uno de los descubrimientos más importantes del siglo XXI relacionados con la historia jesuítico—guaraní.

Por gracia de Dios y cuanto fuere confiado del Padre José Brasanelli de quien todo lo aprendí desde que era niño, un legado dejar quiero en cuanto fuere muy enteramente guardado por mis hermanos no sin gran pena en nuestras Misiones, que tanto auge habían adquirido para la propagación de la gloria de Dios. Mas daros cuenta, será menester, de nuestra pertinaz porfía la cual sin nos azer pleito, amenaza como villano la destrucción de todo. Questa tierra donde agora estamos es mui sana y de mucho fruto.

Várones ilustres me consolaré y estimaré si vosotros rogares por mi pueblo, cuya merced fuere vilipendiada en sus tierras y ríos y montes en la forma más desgraciada con tomas y apoderamientos. De resinación y renunciación círanse los malaventurados ayes y gritos y llores de toda la tierra.

Por eso escapando desta opresión y para guardar la salud de mis hermanos además destes caminos os debo decir que donde el Timbó crece robusto, allí el Teyú-Cuaré se sumerge custodiando los yapepó y tesoros de Namandú.

Y fue todo ahora disimulado para que esta buena obra permanezca siempre para unir los pueblos y no para destruir.

Cada paso es uno destes tuvichas que gobiernan a los avá . Y la itacurú se funde.

Esta carta permanecerá al resguardo de nuestro querido Padre, a quien retraté años atrás. Solo el tiempo será testigo y el que descubra su significado verá nuevamente la unión de los pueblos por el Teyú-Cuaré.

Leyda y dada en San Ignacio de las Misiones veintín días de ctubre era de mil e setesientos e cuareta años e yo la ise escribir por mandato de nuestro querido Padre José Brasanelli, quien llegó a los brazos del Altísimo.

El documento cayó sobre la falda de Gabriela quien permaneció con la vista perdida tratando de interpretar desde otro punto de vista aquel mensaje. Cada palabra daba vueltas en su cabeza y se confundían con los conocimientos adquiridos en sus años de facultad. Según los libros esto fue siempre una leyenda, habladurías. Pero, este documento de puño y letra de uno de los asistentes, de origen guaraní, cercano al jesuita Brasanelli. Echaba por tierra todas las afirmaciones y daban crédito a los cuentos fantásticos.

“Y fue todo ahora disimulado para que esta buena obra permanezca siempre para unir los pueblos y no para destruir.”

¡El Teyú-Cuaré no era solo una leyenda!

Abrió nuevamente su computadora y tipeo rápidamente en la barra del explorador: “traducción Teyú-Cuaré”.

Al levantar el dedo de la tecla ENTER apareció la leyenda: “Aproximadamente 3.960 resultados (0,28 segundos)”, Gabriela comenzó a leer los primeros párrafos de las distintas páginas sugeridas.

—¡Claro!— exclamó de repente—. La traducción guaraní es “La Cueva del Lagarto”.

Debía hallar ese túnel o por lo menos vestigios de él. Si lo encontraba sería ¡El hallazgo del siglo! La adrenalina se disparó. Trató de distraerse ordenando su portafolio para las entrevistas del día siguiente con autoridades de la Subsecretaría de Asuntos Jesuíticos — Guaraníes quienes le darían la autorización que tramitó unos días atrás cuando su idea era explorar las ruinas y alrededores, en busca de huellas que no hayan sido vistas anteriormente. Ahora, con este giro en su investigación, debería mantenerse en el plan original y guardar el secreto hasta tener un panorama más claro con respecto a las opiniones del gobierno tanto local, como nacional. Debería pedir autorización para investigar en el Parque del *Teyú Cuaré* y sus inmediaciones, lugar que no tenía previsto hacerlo, no, en profundidad.

Se acostó, apagó la luz del velador y se dispuso a dormir, pero apenas cerró los ojos, unas brillantes gemas verdes aparecieron en su memoria.

—¡Lo que me faltaba!— dijo en voz alta. — Tan cansada estoy que comienzo a alucinar. Suficientes preocupaciones tengo como para que este cretino se me aparezca hasta en el pensamiento.

Gabriela había mantenido un par de relaciones. Primero con un compañero de la facultad y, luego, un profesor joven, con quien compartió algunas excursiones arqueológicas. Nada serio, nunca se comprometió de verdad ni entregó su corazón. Para ella, lo primordial eran sus estudios, sus aborígenes. Conocía del derecho y el revés toda su historia, cada piedra que levantaron. Estudió entregando todo su ser. Ahora, no solo se había vuelto una experta. Ahora estaba allí, podría tocar, oler cada centímetro de aquella cultura. Era impulsiva y apasionada en su trabajo, pero, centrada y medida en cuestiones del corazón. Sus amigas le decían siempre que debía arriesgarse y tener un romance salvaje. Ella les contestaba con evasivas. Rebecca, una de sus más íntimas amigas, y la más extrovertida le solía decir: “*Vamos Gabriela deja fluir ese lado salvaje que sé que tienes. Cuando te des cuenta te va a pasar la vida por encima. Al final, eres igual a tu padre*”. Esta frase era un insulto, la daga

que hería a Gabriela y Rebecca lo sabía.

Se tapó hasta la barbilla, cerró los ojos y se obligó a dormir.

CAPÍTULO IV

Ya de pie en el nuevo día, Alejandro salió a la vereda del hotel despidiéndose del lugar, el gris de un cielo en alborada matizaba esa carretera de adoquín, algunas hojas llevadas por el viento y los lapachos casi desnudos de la Plaza 9 de julio. Echó un vistazo fugaz antes de subirse a la camioneta, los chivatos, jacarandaes y timbós contemplaban como los picos en un rosa viejo de la catedral apuñalaban el cielo a medio despejar, en derredor las personas deambulaban aumentando su número. Respiró el puro aire de la mañana, tomó asiento y giró la llave, el motor rugió. Encendió el GPS, señaló el punto de partida y al no poseer referencia para el lugar indicado por Solís solo digitó: Garupá.

Al instante una mecanizada voz de mujer emergió trastabillando las sílabas:

« *Continúa hacia el sur en Félix de Azara hacia Córdoba*» Ordenó la voz.

Alejandro buscó ubicarse en el sentido de las calles, rodó por varias cuadras hasta encauzar el sentido y aceleró.

« *Gire a la derecha con dirección a Av. Bartolomé Mitre*» Replicó el GPS.

A la luz de un semáforo observó a un grupo de indigentes recoger sus harapos después de pasar la noche en los bulevares de Avenida Mitre. Palpó tristeza en su músculo cardíaco, que latió forzado. Los motociclistas seguían su zigzag mortal entre los automóviles y algunos ciclistas, también, aventuraban sus ruedas como ajenos a las reglas de tránsito.

« *Gira a la izquierda con dirección a Avenida Republica Oriental del*

Uruguay».

El gran mástil estaba sin su bandera, en el bulevar yacían viejos bancos de madera con alcoholizados pordioseros acunándolos.

La vieja terminal devenida en paseo descansaba tranquila, sus luces ya se habían apagado, el sol comenzaba a asomar. Aceleró entre amarillos autobuses y semáforos hasta que el GPS volvió a hablar:

«*En la Rotonda, tome la 2ª salida en dirección a Ruta Nacional 12. Advertencia: Gire ligeramente a la izquierda para permanecer en Ruta Nacional 12.*».

Llamó su atención entre los edificios espaciados de la periferia citadina, una parada de colectivos con forma de corazón ubicada a la derecha, poco antes del puente Zaimán, debajo el arroyo, por un segundo parecía más un río.

Continuó aumentando el kilometraje mientras abandonaba el acceso a Posadas.

«*Terminal de Transferencia del Sistema integrado de transporte urbano: Campus UNaM*» Rezó la femenina voz.

El GPS lo sobresaltó y al contemplar sobre su hombro derecho aquellos rasgos greco-romanos, ómnibus verdes procedentes de Garupá, los pasajeros descendiendo de ellos y ascendiendo a los de color amarillo que partían rumbo a Posadas. Quinientos metros adelante, el campus universitario comenzaba a poblarse de estudiantes. Avanzó otro par de kilómetros.

Instintivamente aparcó en la estación de servicios indicada por Solís.

Al descender observó que el hombre lo esperaba recostado contra su vehículo, fumando un cigarrillo.

Avanzó hasta extenderle la mano a su nuevo compañero de trabajo.

—¿Algún problema para llegar?— preguntó Solís.

—Ninguno, por suerte.

—Anoche pensé que sería mejor ir en su camioneta, dejaré la mía estacionada acá y regresaré por la noche a retirarla. Siempre y cuando esté de acuerdo.

—Por mí, está bien. ¿No la necesitará?

—No se preocupe, tengo pensado volver esta noche. Si no le molesta, quisiera conducir, conozco mejor el camino y usted podrá disfrutar del paisaje.

Desayunaron rápidamente en el free shop, pasaron unas herramientas

de una camioneta a la otra y partieron rumbo a San Ignacio.

«*Garita Policial Km. 10. Ruta105, Posadas, Misiones*» Habló el GPS.

—¿Qué miércoles es eso!— Gritó Solís sobresaltado.

—El GPS, disculpe. Olvidé apagarlo.

—No digo yo...— meneó la cabeza de lado a lado.

Alejandro sonrió.

Dejaron atrás la urbe de Garupá, sorteando los desvíos, debido a las mejoras realizadas en la ruta, llegaron a los campos que flanqueaban la ruta. En los primeros kilómetros, Alejandro se sintió como en casa, los páramos cubiertos de pasto, donde apacentaban un centenar de vacas.

— Ésta es la localidad de Candelaria— dijo Solís mientras señalaba algunas edificaciones al costado de la ruta unos kilómetros más adelante.

Continuaron charlando de nimiedades y detalles técnicos de la obra hasta que el peaje antes de la localidad de Santa Ana los detuvo para el pago pertinente. Alejandro se bebió con los ojos ese amanecer naranja con el sol dibujando un aura por el reborde de las sierras centrales dispuestas en el horizonte, el azul cielo y la vegetación enana.

—¿Molesta si fumo?— preguntó Solís.

—Para nada hombre— respondió Alejandro sin quitarle los ojos a la cruz de metal reinando en la cúspide de la sierra, reflejando haces de luz hacia distintas direcciones.

—Hermoso—, suspiró Alejandro.

—¿Cómo dijo?

—No, nada... Nada. Pienso en voz alta nomás.

En el cruce de Santa Ana, un letrero rezaba: «*¡Pare!*». El velocímetro aumentó hasta los 120 Km por hora mientras la ventanilla medio abierta del conductor empujaba el humo de un cigarrillo barato hacia dentro del vehículo, irritando las fosas nasales de Alejandro quien se esforzaba por no toser, lubricando la garganta con saliva a cada segundo mientras prestaba atención a los diversos pindós al costado de la ruta que serpenteaba fraccionada en varios horizontes mientras la vegetación aumentaba y las casas se volvían antiguas, precarias con distancias enormes entre ellas.

El relieve se acentuaba transformando también la ruta, mientras que el puente sobre el Arroyo *Yabebiry* anunciaba que estaban llegando a destino.

El ingeniero estaba fascinado con la tierra. Una mezcla de arcilla y

arena de un rojo fuego, conocida con el nombre de arenisca misionera, única en todo el territorio argentino. Mezclaba su férrico aire con el verde imperante en profundidad creciente mediante se aproximaban a las entrañas de la provincia.

En menos tiempo del que supuso, la camioneta se apartó de la ruta y el conductor tomó un camino secundario, terrado, luego de trasponer el puente.

Por sinuosos trechos de curvas y baches en el camino, prosiguieron entre malezales y arboledas que se agitaban con la brisa mañanera sobre el seco camino.

—Por lo visto, aquí no llovió, va a hacer calor— informó Solís.

—Barómetro— susurró Alejandro.

—¿Cómo dijo?

—Eh... Que creo que sí, hará calor como estás anunciando.

Otro puñado de kilómetros prosiguieron hasta que la selva tomaba forma de túnel y los árboles los abrazaban apenas dejando espacio para el hilo de tierra roja donde se deslizaba impetuoso el vehículo. Llegaron a una lomada desde donde podían observar a su izquierda, la extensión del terreno cubierto de pastizales que flanqueaba el arroyo y se extendía cientos de metros hasta ellos.

—Llegamos— informó el capataz y descendió acomodándose el cinturón.

Alejandro junto a la camioneta estiró las piernas y los brazos entumecidos.

—¿Es aquí?— Preguntó.

—Sí, mire— dijo señalando—, desde aquí y hasta donde termina la pendiente estaría el edificio principal según los planos y su evaluación. En aquel sector—, señaló un poco a la derecha—, debería estar la zona de recreación con vista al *Yabebiry* y el centro de convención se extendería desde allí hasta la base del *Teyú-Cuaré*.

—Ajá— señaló Alejandro. Se quitó los anteojos de sol y recorrió con la mirada el terreno—. Pongámonos a trabajar— dijo finalmente.

—¿Qué haremos primero? Usted es el jefe ahora.

—Me dijiste que ya contrataste a los obreros.

—Sí. Solo debo avisarles cuando comenzaremos, pero, estarán reunidos hoy a las tres de la tarde frente al galpón que alquilé la semana pasada.

—¡Perfecto!— volvió a ponerse los anteojos —. Vamos al pueblo solucionaremos el tema de la casa y los permisos de excavación y construcción que debo presentar a la municipalidad para que corroboren que fueron aprobados por la provincia. Trámite burocrático. Una porquería, pero se debe hacer.

Más tarde, sentado en la cama de la habitación del hotel, Alejandro se secaba enérgicamente con una toalla la corta y encrespada melena de un tono ceniza. Ya había presentado los planos a la municipalidad e informado que las excavaciones comenzarían en los próximos días. Todas las autorizaciones y permisos se habían gestionado desde Buenos Aires donde BiS&LoN tenían sus oficinas centrales. La obra fue declarada “Emprendimiento Privado de Interés Provincial” ya que una vez finalizada la obra, atraería a gran número de turistas.

Se vistió con unos jeans y una remera para salir a cenar. No quiso desarmar el equipaje pues había conseguido un departamento y se mudaría al día siguiente. Había ido a una pequeña inmobiliaria por la tarde, el dueño le enseñó un par de casas que no le convencieron. Demasiado grandes para él. Hasta que por fin lo llevó a unos departamentos a estrenar, cuyo propietario atendía una rotisería en la planta baja. Eligió el primer piso con un dormitorio, living comedor, baño y una pequeña cocina.

—Suficiente— informó al propietario, quien los acompañó—, no necesito nada más. De todas maneras no estaré nunca.

—Muy bien señorrrrr.

—Montero, Alejandro Montero. Mucho gusto.

—Bien señor Montero, mañana mismo podrá ocuparlo. Haré que lo asean para usted.

—Gracias y si es tan amable, ¿Podría conseguirme una persona que venga dos veces por semana?

—No se preocupe, la muchacha que limpia la rotisería estará encantada, siempre le vienen bien unos pesos extra. Puede lavar y planchar su ropa también.

—¡Perfecto! Otro problema solucionado.

—Por lo demás no tendrá inconvenientes. Como verá, el departamento

está bien acondicionado. Tiene la cocina equipada igual que el dormitorio con aire acondicionado y, aquí, en el comedor, la mesa con sus sillas y un juego de living. Sucede que cuando construí los departamentos, pensé en los turistas.

—Ah, ¿Tiene otros?

—Sí, sobre éste uno más y otros dos cerca de las ruinas. Estos son los que menos se ocupan porque están más alejados del centro. Ah... me olvidaba, por el costado puede acceder al garaje. No es gran cosa pero está techado. Hay lugar para dos autos.

Recogió su celular, las llaves y salió a la vereda del hotel. Desde allí divisó a unos metros un barcito atestado de turistas que ascendían a un micro. Caminó hasta allí, leyó en un pizarrón: “*Plato del día/ Estofado con raviolos*” Se le hizo agua la boca.

Luego de disfrutar del exquisito plato, se relajó mientras terminaba su cerveza. La finalización de las obras estaba prevista para dentro de un año y medio, pero eso iba a depender del tiempo en que demoraran en llegar los materiales restantes. Si bien fue precavido y unas semanas antes ya se había ocupado personalmente de ellos. Por experiencia sabía que siempre ocurrían contratiempos. Además, por lo que pudo ver, el suelo era muy arenoso, necesitaría la evaluación de un geólogo para localizar la profundidad de las excavaciones. Eso ya lo retrasaría. Por otra parte, las máquinas llegarían en dos días. En esta obra debía ocuparse de todo. Empezar de cero. Los planos ya estaban confeccionados pero había que adaptarlos. Había conversado con una empresa constructora de la localidad de Jardín América, la firma Libra Construcciones se haría cargo del paredón de contención a orillas del río y realizaría todas las veredas en la pequeña costanera que enmarcarían todo el complejo.

De regreso al hotel, trató de pensar en otra cosa, olvidarse de su trabajo por un instante. Poner la mente en blanco, pero, una cabellera castaña y un par de ojos azules vinieron como un latigazo a su memoria.

Con una sonrisa dibujada en la boca ingresó al hotel. Aquella joven que conoció en el elevador cuando bajaba por unas aspirinas le recordaba a alguien que conoció. Nunca antes la había visto. ¿O sí? De todas maneras recordar su enojo le divertía. Jamás una mujer demostró fastidio ante su presencia.

Ella había perdido algo y se molestó al ser descubierta tratando de

hallar el objeto.

Cuando tomó el elevador y éste se detuvo en la planta baja, el leve sacudón hizo saltar algo en el mármol. Alejandro lo tomó entre sus dedos, era una pequeña perla. Esbozó una sonrisa y se lo guardó en el bolsillo para más tarde devolvérselo. En la recepción averiguó el número de habitación de la joven, por supuesto, dejando una propina al conserje. Sonrió nuevamente al recordar la bata entreabierta con la que ella le recibió y la cólera en sus ojos cuando la trató de niña.

Reparó en que las mujeres siempre se derritieron por él y hacían todo lo posible por conquistarlo, en cambio a la belleza del elevador, parecía irritarle su presencia. Como si despertara en ella una furia salvaje capaz de devorarlo con solo mirarlo.

La alarma del celular sonó en punto de las seis. Quiso quedarse un momento más en la cama, pero, eso podría costarle caro. De un salto estuvo en el baño. Media hora más tarde dejó el hotel y enfiló al departamento donde el dueño lo esperaba para entregarle las llaves. Dejó sus valijas y unas cajas en el departamento, cargó una jarra con agua en la heladera antes de salir y se marchó rumbo al obraje para encontrarse con Solís que debería haber vuelto. La noche anterior regresó a Posadas en ómnibus para traer unas herramientas más y su camioneta.

CAPÍTULO V

Gabriela pasó gran parte de la mañana recorriendo distintos Ministerios, secretarías y otras oficinas gubernamentales presentando las carpetas con los proyectos que le habían solicitado y así autenticar sus credenciales. Con ellas podría recorrer el territorio misionero con total libertad. Investigar sin limitaciones con la firme promesa de preservar todo patrimonio protegido. Unos meses antes había tomado contacto con autoridades de la Subsecretaría de Asuntos Jesuítico-Guaraníes. Planteó sus aspiraciones y el deseo de seguir indagando en busca de nuevos hallazgos. En un primer momento, las autoridades se negaron a colaborar, pero, cuando ella ofreció financiar su empresa e informó que contaba con el crédito del decano de la Universidad de Buenos Aires, accedieron a escucharla. Sabían que Gabriela era muy competente y profundizó sus conocimientos en otras ramas como la arqueología y la historia indígena, además de poseer excelentes recomendaciones y muy buenas influencias. La dirección debía tramitar sus permisos. Ahora, solo le restaba retirar las credenciales. Ellos habían cumplido con su parte del trabajo.

Pasado el mediodía, se dirigió a un restaurante en La Bajada Vieja, una zona con historia y muy querida al sentir de los posadeños. Almorzó ensaladas y pescado. Al terminar, miró el reloj: 14,30. Por la mañana había recibido el llamado de un agente local informándole que por la tarde podría pasar a retirar la unidad solicitada en Buenos Aires. Por lo visto, el gerente de la concesionaria donde entregó su auto y tramitó la entrega de su camioneta, se ocupó personalmente del asunto. Era increíble lo que el dinero y un buen apellido podían conseguir.

—Bueno— se dijo—, si para algo servían, lo utilizaría en su favor. Siempre quiso alcanzar las metas con su propio esfuerzo pero una ayudita, no le venía mal. Durante años soportó la indiferencia de su padre, así que si de algo le servía ser su hija, en buena hora. Además, seguramente el gerente de la concesionaria y el joyero, sobre todo el joyero, se comunicarían con él para pasarle un informe detallado de *“Las locuras que está cometiendo su hija Señor Lambert”*. Una sonrisa se le dibujó en la boca y pensó *“cómo me gustaría estar ahí y ver la cara del Señor Lambert”*. Se enfurecería, despotricaría. Pero nada podría hacer.

Era temprano y los negocios de la ciudad, a diferencia de otras provincias, cerraban al mediodía. Impaciente por el tiempo muerto preguntó al mozo donde podía conseguir una ferretería abierta.

—Depende de lo que quiera comprar. Pero en “La Placita” se encuentra casi de todo.

—¿La Placita?

—Usted no es de aquí parece.

—¿Se nota?

—¡No! Lo que sucede es que si no conoce La Placita, entonces no conoce Misiones— sonrió el muchacho—, siga por esta calle dos cuadras y luego doble a la izquierda. De allí continúe y llegará donde le digo.

Enseguida quedó maravillada por la tonada de la gente que ofrecía sus productos, el marco le recordó los mercados de la India donde pasó sus últimas vacaciones hacía cuatro años. En “La Placita”, o Mercado Modelo, uno podía encontrar desde un alfiler hasta los electrónicos de última generación pasando por una variedad casi infinita de artículos. Creyó que si pedía un avión le dirían que no había lugar allí pero que tenían algunos en el depósito. Rió para sí. Recorrió los distintos niveles, se detuvo en casi todos los puestos escuchando las ofertas: *“Pase señorita ¿Que le ofrecemos?”* *“Pase adelante, pregunte”* dos horas más tarde salió con las manos cargadas de paquetes. Principalmente herramientas y algunas ropas de cama ya que pensaba alquilar un departamento en San Ignacio.

Tomó un taxi, era hora de retirar su camioneta, pero, antes pasaría por el hotel a dejar sus compras.

A la mañana siguiente, cuando Gabriela por fin cargó todo su equipaje

en la camioneta y salió rumbo a las ruinas, se sorprendió al notar que el asfalto, las veredas, todo estaba mojado. En el interior las vidrieras empañadas sudaban y el sol comenzaba a salir levantando vapor, que dejaba el ambiente pegajoso. La temperatura en el interior era fría, en cambio el aire del exterior era caliente. *“podré sobrevivir a esta humedad”* pensó.

La camioneta tenía olor a nuevo, encendió el aire acondicionado y condujo despreocupadamente, con la mente casi en blanco.

Al llegar a la altura del acceso a Cerro Azul, se descubrió pensando en los campos de su abuelo, quizás por la vista que tenía frente a sí de los cebúes pastando a lo lejos.

¡Ahh...! Cuánta paz había encontrado allí.

Fueron las mejores vacaciones de su vida. Cuando estaba por cumplir diez años su madre se encontraba en el exterior y su padre debió viajar para solucionar unos asuntos legales en la estancia familiar. A regañadientes lo acompañó, pero, al llegar fue recibida por su abuelo a quién no veía desde que era un bebe. El anciano le brindó en un segundo todo el amor que jamás le dieron sus padres. La consentía en todo, le prestaba atención solo a ella ya que también se encontraba solo tras quince años de viudez. Durante los veinte días que se prolongó su estadía, fue feliz. Su padre permaneció solo dos y se marchó dejándola con el anciano. No costó mucho convencerlo, después de todo ella representaba una molestia. Si había alguien a quién ella extrañaba era a su entrañable abuelo quien falleció dos años después dejándole la estancia como herencia bajo el cuidado de su administrador y a quién él confiaba su vida. Su padre se mostró conforme, de esa manera él no tendría que lidiar con la propiedad que su hija había heredado.

Ella todavía recordaba a aquel hombre. Vivía en la casa del cuidador con su esposa e hijo. Un muchacho unos años mayor que ella. “¡Como se había enamorado de él!” esbozó una sonrisa por aquel recuerdo. Por las tardes se sentaba sobre una gran roca que emergía del lago que poseía la propiedad y lo observaba nadar junto a sus amigos sin atreverse a unírseles o lo espiaba cuando montaba su caballo y salía a todo galope en busca de su padre que regresaba del campo, era todo un centauro. Durante mucho tiempo pensó en él. Soñaba que venía a rescatarla de aquella soledad entre los muros de la mansión Lambert o del colegio.

Por lo que sabía, el administrador seguía viviendo allí y su padre estaba muy conforme con su labor. Del muchacho, no supo más nada. La última vez que lo vio fue la tarde antes de partir cuando él la defendió de unos chicos que se burlaban de ella por ser tan escuálida y tener los ojos muy grandes para pequeño rostro. “Ahh mi héroe” Dijo para sí cuando llegaba al peaje de Santa Ana. De pronto sus pensamientos la llevaron a ese hermoso rostro. ¿Qué le estaba pasando? Jamás un hombre la atormentó tanto como este desconocido en las últimas veinticuatro horas. Además, no volvería a verlo. ¡Era una estupidez! Pero por extraño que le parecía, su rostro le resultaba increíblemente familiar.

En una pequeña inmobiliaria que funcionaba en el living de una casa, el propietario, quien la atendió de chinelas, shorts de baño y una camisa a medio abotonar, le asesoró sobre unos departamentos. San Ignacio era un pueblito muy pequeño y las opciones no eran muchas. Prefirió uno que le quedaba cerca de las ruinas pero de camino al peñón frente a una estación de servicios sobre la ruta.

La construcción era nueva, de tres plantas. Alquiló el segundo piso.

— Habría alguna posibilidad de que me alquile el de abajo? — preguntó Gabriela al propietario.

— Son iguales los dos, señorita, además ayer se alquiló el otro. ¿Tiene algún inconveniente con este?

— No, sucede que en mi trabajo requiero de herramientas y deberé cargarla todos los días escaleras arriba.

— ¡Ah, pero no se preocupe! Si piensa quedarse por algún tiempo puedo mandar poner una buena cerradura en el depósito que tengo junto al garaje.

— Si es así, no tengo inconvenientes. Cerremos el trato entonces.

Acomodó a medias sus cosas y salió a recorrer las ruinas. Sentía la imperiosa necesidad de estar allí. Cuando era solo una estudiante de primer año las había visitado en un viaje de estudios, pero de eso hacía mucho y en aquel tiempo no poseía los conocimientos que tenía ahora.

Estacionó frente a la entrada y permaneció sentada con las manos apoyadas al volante. Observó el movimiento incesante de turistas, los aborígenes que ofrecían sus artesanías, los chicos que pedían monedas. De pronto se sintió paralizada. Durante tanto tiempo esperó ese momento y ahora no se atrevía a bajar. El reloj marcaban las 13,30

descendió del vehículo y se dirigió a un bar apostado frente a la entrada. Le sirvieron una bebida sin gas y pidió de comer una hamburguesa.

Treinta minutos después ingresaba a las ruinas.

Caminó por los sectores más alejados, deteniéndose en cada hilera de piedras acariciando el musgo húmedo que crecía en ellas. Olía el pasado disfrutando el presente. Se sentía en su hogar. Como si durante toda su vida se hubiera estado preparando para aquel momento.

Casi al anochecer informaron que el lugar se cerraba para el recorrido y que en minutos más, apenas cayera la noche, darían comienzo al espectáculo de luz y sonido.

A las nueve de la noche abandonó el predio envuelta en un cúmulo de emociones. Cada palabra que escuchó en los altavoces, cada imagen reflejada en aquellas paredes de piedra. Algunas derrumbadas por el paso del tiempo, otras restauradas y unas pocas intactas. Todo fue una película que graficó y sintetizó lo que, desde tan lejos, ella había imaginado mientras se sumergía en los Archivos Nacionales. La música le ayudó a conseguir un éxtasis casi indescriptible.

Estacionó su camioneta en el garaje junto a otra, subió a su departamento y se dejó caer sobre la cama.

El candor de las flechas arrasó en una vorágine de destrucción resonando por el monte, su río y las reducciones amparadas bajo el follaje. Pronto el humo y la pólvora abrieron camino entre las ramas, el filo de cien machetes retozó trozando esa integridad verde para que el paso de los invasores no fuese interrumpido por maleza.

Los guaraníes aterrorizados intentaban escapar, apenas oyeron los disparos y el crujir de árboles arremetieron defendiendo a sus mujeres, hijos, casas y tierra.

Pero, el demonio era guerrero blasfemo y hambriento, atravesó con lanzas cada corazón de los hijos de *Tupá*, disparó a mansalva llenando de bronce los cráneos en huida, rodearon las reducciones incendiando todo, lo habitable y lo que funcionaba se tiñó de sangre. Descuartizó uno a uno todo cuerpo que no le serviría para el trabajo esclavo. Primero los ancianos, luego las embarazadas y los bebés. Sus cabezas rodaron manchando de sangre el monte, luego el río Paraná.

Gabriela frotó ambos ojos impelida por el humo del saqueo, a su alrededor los gritos agudos saturados de horror la empujaron a correr sin rumbo. Al frente las armaduras, espadas y lanzas. Detrás el fuego masticaba una a una las casas de las reducciones. Escapó siguiendo la multitud guaraní que desviaba por un sendero hacia el Río, detrás un sacerdote abría ambos brazos sin soltar su Biblia, de pie frente a los caballos invasores clamando misericordia. Pronto estalló su tórax con el hacha de la muerte y vació, por su boca, el resto de sangre jesuita.

Gabriela siguió corriendo, los pies descalzos sentían las ramas, las piedras, la sangre fresca. El rostro hermoso pronto se llenó de cicatrices, al frente se oyeron los sonidos de las primeras cadenas arrojadas sobre los hombres mientras las lanzas continuaban lloviendo. Una aborígen se tomó de la mano y arrastrándola en diagonal opuesto a esa multitud se escondieron tras un tronco solo para contemplar los balazos destrozando pechos hermanos y el filo del machete amputando las manos de algunos, los pies de otros, a algunos hombres encadenados fueronles amputadas las orejas como marca. El látigo también se hizo presente. Mujeres con sus bebés en brazos intentaron defender sus retoños entregando la vida escudándolos del filo de las espadas.

La aborígen continuó corriendo, detrás solo el gemido y cadenas que seguían arrastrándose.

—Las cadenas— reflexiono Gabriela— el sonido que atraviesa el tiempo, el llanto del que me hablaba Rosita.

Jadeante y empapada de barro ascendió por un cerro mientras el fuego y el humo se avizoraba a lo lejos, corrió un kilómetro, dos, tres. No tenía idea.

Pronto estuvo allí, frente a la cueva. La aborígen había desaparecido, pero no los invasores cuyos pasos se oían acercarse.

Gabriela entró a la oscuridad de la cueva, aguardó que la luz se acomode a las pupilas pero avanzados metros más, todo era de monocroma oscuridad.

El murmullo de un áspid rompió aquel letargo, y arrinconada contra la pared no supo qué hacer. Pronto estuvo frente a ella, levantó la cabeza por sobre la suya, tendría tres metros como mínimo, un dragón de la tierra roja.

Ese gran lagarto estiró la lengua palpando en el aire su aroma a presa.

Gabriela cerró ambos ojos y el lagarto avanzó hacia ella. Aguantó la respiración por poco tiempo, pero, un aullido escapó de su boca y la cola del reptil cayó como un látigo contra sus costillas. Lanzándola varios metros raspando su piel contra el techo de la caverna para caer al suelo.

Las costillas astilladas se incrustaron en inflexión contra los pulmones arqueando su estructura al recibir el golpe y volviendo a su posición desgarrando el pulmón derecho, rompiendo su pleura, llenando de sangre los espacios vacíos.

Sintió el dolor, luego un fuego recorriéndole el pecho, para perder la fuerza de sus brazos y el impulso para respirar, como si tuviera una enorme roca sobre la garganta. Frente a sí, los ojos del lagarto permanecían inmóviles, abrió la boca y emitió ese murmullo de víbora que ascendió hasta ser un rugido ensordecedor. Aproximó la boca para comérsela.

Gabriela saltó como si recibiese una descarga eléctrica, estaba empapada de sudor, su almohada en el suelo y las sábanas enrolladas en el cuello.

Se incorporó en la cama intentando reducir la velocidad de su respiración, jadeante, casi agónica, se deshizo de las sábanas.

—Algo malo va a pasar— Se dijo.

Obtén la novela completa en: <http://yugelive.bubok.com.ar/>